

23. ÉFESO, CENTRO DE LA MISIÓN EN ASIA

El segundo punto central para la evangelización en Occidente fue la ciudad escogida por los romanos como capital de la “provincia de Asia”, en la actual Turquía. Pablo hizo una breve visita a Éfeso de camino a Antioquía, en Siria. No se indica por qué la nave se detuvo en Cesarea, que está en Judea. Desde allí “subió y saludó a la iglesia” (Hechos 18,22). El “subir” puede entenderse en sentido general (“subió del muelle a la ciudad”). Pero es probable que tenga el sentido técnico de “subir a Jerusalén” y desde allí “bajar” (también en el sentido habitual del habla judía) a Antioquía. Lucas no da el motivo de la visita a Jerusalén, pero quizá tenga que ver con las rencillas entre los diversos grupos de Corinto.

El retorno a Éfeso lo hizo Pablo por tierra desde Antioquía, pasando por Galacia y Frigia (Hechos 18,23), regiones familiares por anteriores viajes, pero dejadas de lado, cuando les impidió “el Espíritu Santo anunciar la palabra en Asia” (Hechos 16,6). La llegada a Éfeso se fecha a finales del año 52 o principios del 53. Para entonces la ciudad, a la que el emperador Augusto había concedido el título de “primera y mayor metrópolis de Asia”, gozaba ya de una intensiva romanización: acueductos, calzadas pavimentadas, templos, estatuas, numerosos edificios públicos. Todo al servicio de una población de unos doscientos o doscientos cincuenta mil habitantes, que hacía de la ciudad la tercera en población después de Roma y Alejandría.

Religiosamente Éfeso era centro de numerosos cultos, destacando sobre todos el culto de Artemisa en un templo que figuraba en la lista de las siete maravillas del mundo antiguo. La importancia religiosa y económica del culto de Artemisa en la vida de Éfeso queda bien atestiguada por el relato de Hechos 19,23-40. Sin interferir en el culto principal de la diosa, venerada como protectora de la fertilidad y del bienestar económico de la ciudad, también al culto imperial se reservaron monumentos sacros dedicados a la “Diosa Roma” y al “Divino Julio” (los emperadores de la dinastía julio-claudia: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, que gobernaron el Imperio del 27 a. C. al 69 d. C.).

Hay noticias de una amplia presencia judía en Éfeso desde el siglo III a.C. Los gobernadores romanos concedían el derecho de conservar sus costumbres y de reunirse para celebrar sus propios ritos. Llegado a Éfeso, “Pablo fue a la sinagoga” en la que durante tres meses instruyó a los judíos sobre el reino de Dios, con poco éxito (Hechos 18,19.26; 19,8-9). No se han encontrado restos de sinagogas en la ciudad, si bien una inscripción de época romana menciona a los “jefes de la sinagoga”, ἀρχισυναγωγοί, y presbíteros”. Las ruinas que hoy visitamos son de época posterior a la estancia de Pablo en la ciudad. El teatro con un aforo de 25.000 espectadores, donde tuvo lugar la rebelión de los orfebres (Hechos 19,23-40), comenzó a construirse en tiempos de Claudio (41-54 d.C.) y se terminó en tiempos de Trajano (98-117 d.C.). La gran biblioteca la mandó construir el cónsul Gayo Julio Aquila como mausoleo de su padre, Tiberio Julio Polemaeno Celso, el año

110 d.C. En sus buenos tiempos contenía unos 12.000 rollos y era una de las más importantes del mundo antiguo después de las de Alejandría y Pérgamo. Se menciona la quema de libros de magia o papiros con fórmulas mágicas, las llamadas “escrituras de Éfeso”, τὰ Ἐφέσια γράμματα, cuyo valor se calculó en cincuenta mil monedas de plata. Como no se indica la unidad de medida, no podemos calcular la equivalencia; se supone que el cálculo se hizo sobre la dracma ática de plata, que pesaba 4,36 gramos. El movimiento de la multitud desde el ágora al teatro, tal como refleja el libro de los Hechos, sí responde a la proximidad del ágora comercial respecto del teatro.

Hay muchos datos imprecisos en la descripción de la actuación de Pablo en Éfeso: ¿qué fue de “los doce” bautizados sólo con el bautismo de Juan, se integraron en la iglesia que se formó al dejar Pablo la sinagoga? ¿Qué significa que “durante tres meses Pablo pudo hablar en la sinagoga con toda libertad del reino de Dios? ¿Por qué la oposición vino de parte de “algunos que se obsesionaban en no creer”, y no se menciona expresamente a los judíos, que hubieran sido quienes en realidad se opondrían a Pablo? (Hechos 19,9).

Dejando la sinagoga, Pablo estableció su púlpito en la escuela de Tirano, donde durante dos años todos los días se entregó a la predicación de la palabra de modo que pudieron escucharla “todos los habitantes de Asia, lo mismo judíos que griegos” (Hechos 19,9-10). El texto occidental precisa que la enseñanza duraba “desde la hora quinta a la décima”, esto es, desde las 11 de la mañana hasta las 4 de la tarde, dejando libre el tiempo para la siesta. Aunque no sabemos nada sobre el titular de la escuela, el nombre de Tirannos se ha encontrado en alguna inscripción de Éfeso.⁷

Durante dos años, días tras día, se debió ir formando en Éfeso una verdadera síntesis de la enseñanza del evangelio que Pablo transmitiría luego a sus cartas. Éstas no fueron sólo escritos ocasionales redactados al ritmo de los problemas que surgían en las comunidades. Las más importantes reflejan una reflexión y redacción maduradas en una perspectiva amplia de la difusión del cristianismo en el mundo. El mismo Pablo valoraba así la ocasión que se le había ofrecido por su estancia prolongada en Éfeso, donde “se le había abierto una puerta grande y favorable a la acción” (1 Corintios 16,8-9). Y no fue sólo la actividad en la misma ciudad, sino que Éfeso fue el punto de partida para las misiones evangelizadoras en las comunidades que posteriormente serían conocidas como “las siete iglesias” del Apocalipsis: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. Es posible que en Éfeso escribiera Pablo algunas de las cartas dirigidas a los Corintios y quizá también las cartas a los Filipenses, Colosenses y a Filemón, que algunos relacionan con Timoteo, y al cual correspondería gran protagonismo en la continuación de la obra de Pablo.

De la estancia de Pablo en Éfeso se recuerdan dos episodios que reflejan la situación de la ciudad. Por un lado, la controversia con los exorcistas judíos que invocaban “a Jesús a

quien Pablo predica” (Hechos 19,13). Recuerda la intervención de otros exorcistas, como Simón Mago y Bar-Jesús, que mencionan los capítulos 8 y 13 de Hechos. Que el exorcista salga exorcizado, desnudo y malherido, refleja un lado cómico de estas historias de exorcismos desde la antigüedad hasta hoy. La creencia en los poderes mágicos de fórmulas de exorcismo revela la debilidad de una fe que necesitó purificarse de prácticas aberrantes.

El otro episodio, la revuelta de los orfebres, presenta a Pablo enfrentándose con la religión del imperio romano (Hechos 19,23-41). Volvemos nuevamente al tema del impacto político del evangelio. La aparente sumisión al poder de Roma (Romanos 13,1-7) no impedía la resistencia cristiana al culto imperial, un sistema político-religioso que daba al emperador los títulos de dios, señor, bienhechor, salvador. El “programa político” de Pablo partía del principio de que el dios de Israel era el único y más poderoso dios y que Él garantizaba la destrucción segura de la falsa paz y seguridad prometida por el Imperio. Y este programa no se proponía como un camino de salvación individual para quien tenía que escoger entre la fidelidad a la ley judía o la aceptación del evangelio, sino que era un programa dirigido a toda la humanidad como liberación del yugo de la tiranía imperial. Este carácter universal del programa paulino se reforzaba con la afirmación de la resurrección de Jesús según la carne. La misma victoria sobre la muerte en cruz, la condena típica romana, aludía a esa victoria sobre el sistema. No se puede entender a Pablo sin esta referencia a la cruz de Cristo en el contexto imperial romano. La crítica contra el imperio en los escritos del Nuevo Testamento descubre que religión y política caminaban juntas en los primeros años del cristianismo. El Dios de Israel llamó a Pablo para promover una política contraria a la del César.

Para Pablo los gentiles no son únicamente los pueblos no judíos. Los judíos entran también en la categoría de “naciones”, *ezne*, y, en cuanto tales, participaban de las condiciones de inferioridad con que la iconografía romana representaba a los pueblos sometidos a Roma. Más que una contraposición judíos/gentiles, se daba una oposición entre el poder romano y todas las naciones subyugadas. Quizá Pablo no reflexionó de manera explícita sobre este punto, pero ciertamente ésa era la imagen que cualquiera podía tener moviéndose en el ambiente en que Pablo realizó su misión. La iconografía de esa equiparación – nación judía, una más entre las naciones a someter – estaba presente en las ciudades por las que pasó Pablo, comenzando por la misma Tarso, pero además en Corinto, Filipos, Roma. Que Pablo prestaba atención a las estatuas ciudadanas lo confirma bien claro su referencia a la estatua del “Dios Desconocido” en Atenas. Si no leyó las *Res Gestae* de Augusto, sí debió leer las inscripciones. Los *Hechos del Divino Augusto*, es decir, la biografía política del César, se inscribieron en bronce sobre las puertas de su mausoleo y copias en latín y griego se grabaron en los templos dedicados a Roma y Augusto a lo largo del Imperio.

Muy cerca de Éfeso, en la ciudad de Afrodiasias, se construía en vida de Pablo, entre el reinado de Tiberio y Nerón, una edificación colosal, 91 metros de largo y 12 de ancho, para celebrar las victorias militares de Roma en tiempos del emperador Augusto. La obra, construida a cargo de familias de la región, sufrió un terremoto ya antes de ser terminada y otro poco después. Sin embargo, se han podido rescatar los relieves que representan a muchas de las naciones sometidas. En el Sebasteion de Afrodiasias se representó al pueblo romano conquistador a lo macho y al pueblo sometido como mujer postrada por tierra. Nerón se exhibe derrotando a una mujer que personifica Armenia. Claudio aparece arrastrando por la cabellera a una mujer postrada, que representa la conquista de Britannia. Aunque sólo se han podido reconstruir quince, en el Pórtico de las Naciones estaban representadas cincuenta de las naciones sometidas por Roma, desde los Galaeci en el occidente de España hasta los judíos y egipcios en el sur. Las naciones están representadas por mujeres con atuendo que refleja su incivilizada feminidad. El conflicto con los romanos por las imágenes expuestas en el anfiteatro de Herodes en Jerusalén revela el significado que se daba a la representación de las naciones conquistadas por César.

Al afán romano de conquistar y asimilar naciones a su imperio respondería el Nuevo Testamento con la misión para incorporar a las naciones gentiles al nuevo pueblo de Israel. Hay que dar al término “naciones”, *ezne*, la resonancia política que le dio la ideología imperial romana. Era una designación específica de las naciones o tribus conquistadas por los romanos y sometidas al poder romano. Pablo presenta una figura compleja: ciudadano romano originario de una ciudad helenizada en la que existía una comunidad intelectual respetable, pero al mismo tiempo perteneciente al pueblo judío, pueblo conquistado, que los romanos consideraban una de las mayores amenazas para su proyecto de conquista y dominio mundial. Pablo ha de ser interpretado dentro de las coordenadas ideológicas del judaísmo del siglo I, no a partir de los problemas y tesis del luteranismo o de la doctrina tridentina de la justificación.